

dos escuadras combinadas tardaron dos horas en formarse, de manera que sólo a las tres estuvieron los veinte navíos franceses y españoles dispuestos en una sola línea regular, ocupando los españoles la cabeza de la columna y Magón la cola, con la división de Rochefort y varias fragatas. El almirante Cálder con quince navíos, muchos de ellos de cien cañones, mientras los nuestros de más grueso porte sólo llevaban ochenta, se presentó a su vez en batalla, formando una larga línea paralela a la nuestra, pero navegando en sentido contrario. Los ingleses se dirigían hacia el Sudoeste y nosotros hacia el Nordeste, de modo que soplando el viento de Noroeste, las dos escuadras le recibían de costado. Desfilando paralelamente entre sí y en direcciones opuestas, iba en breve a evitarse el encuentro, cuando Cálder mandó replegar la cabeza de su columna sobre la cola de la nuestra para envolvernos. Villeneuve, que sabía mostrar en los peligros toda la resolución propia de un pecho esforzado, previendo que el almirante inglés, haciendo uso de una estratagema muy repetida en el presente siglo (1), se proponía envolver nuestra retaguardia para ponerla entre dos fuegos, imitó la maniobra de su enemigo, y virando, como dicen los marinos, *por redondo en contramarcha*, esquivó la cola de su columna y presentó la cabeza a la de la columna enemiga. Encontrándose las escuadras en este doble movimiento, el primer navío español, que era el *Argonauta*, montado por el almirante Gravina, se encontró cuerpo a cuerpo con el *Héro*, primer navío inglés. Continuando ingleses y franceses este mismo orden de marcha, prontamente quedaron empeñados unos con otros en toda la longitud de la línea; pero por ser la escuadra inglesa menos numerosa que la nuestra, su fuego sólo se extendió hasta nuestro décimotercio ó décimocuarto navío. Nuestra retaguardia, que no tenía enemigo que combatir y sólo recibía algunos balazos perdidos, hubiera podido emplearse en alguna maniobra decisiva; pero por desgracia una bruma densa, que en aquel instante debía ocupar muchos centenares de leguas, puesto que fué vista desde el puerto de Brest, envolvió a las dos escuadras, de tal modo que el navío almirante estuvo algunos instantes dudando si tenía el enemigo a babor ó a estribor. Ningún buque veía más que a su enemigo, y cada cual combatía sólo con el que tenía delante. Resonaba un cañoneo vivo y continuo, pero no precipitado; los franceses y españoles, á pesar de su inexperiencia, se batían con serenidad y buen orden (2); nuestras tripulaciones no tenían aún la excelente puntería que hoy las distingue, y, sin embargo, en aquella especie de desafío de buque á buque, os ingleses sufrían tanto como nosotros, en términos que si nuestra retaguardia, que no tenía enemigos que combatir, hubiese podido descubrir lo que estaba pasando, y replegándose sobre la línea inglesa, hubiese puesto una parte de ella entre dos fuegos, la victoria hubiera sido segura. Pero Villeneuve, que nada alcanzaba á dis-

(1) Venía á ser con corta variación la maniobra de Radney en 1780 y de Nelson en Abukir. (N. del T.)

(2) En España fué público y notorio que los franceses, exceptuando los del navío *Plutón*, no habían peleado en el combate del Ferrol. Todo lo recio de la contienda fué á caer sobre los españoles, por cerca de los cuales habían ido á doblar la línea los ingleses, de modo que los buques franceses tiraron con flojedad y desde lejos. (Véase la *Historia de España* de Durham, traducida por Galiano, tomo vi.) (N. del T.)

tinguir con la bruma, difícilmente podía dar las órdenes necesarias, y aunque Magón le había avisado que estaba en inacción, este aviso, transmitido solamente por medio de fragatas por causa del estado de la atmósfera, llegó demasiado tarde y no provocó determinación alguna de parte del almirante francés, el cual, pasado el primer instante de resolución al principiar la batalla, volvió á caer en su indecisión acostumbrada, temeroso de maniobrar en la obscuridad y de hacer movimientos equivocados. A lo único que se atrevía era á batirse denodadamente con su navío almirante (3).

Después de un prolongado cañoneo, el navío inglés *Windsor* salió tan mal parado que tuvo que retirarle del combate una fragata para que no cayese en nuestras manos. Otras naves inglesas sufrieron considerables averías. Los navíos franceses, por el contrario, se comportaban arrojadamente y tuvieron la fortuna de no padecer descalabros de consideración. Nuestros aliados españoles, que componían el primer tercio de la línea de batalla, habían padecido mucho mayor daño, sin tener ellos la culpa. Sus tres navíos, el *América*, el *Firme* (4) y el *San Rafael*, los más cercanos á nosotros, quedaron en el estado más lastimoso, especialmente el segundo, que perdió dos palos. Como el viento soplabá de nosotros á los ingleses, estos navíos, no pudiendo ya maniobrar, se veían empujados hacia el enemigo; lo advirtió el valiente capitán del *Plutón*, Cosmao, que era el que más cercano estaba á los españoles, y saliendo de la línea se adelantó para proteger con su navío á los navíos españoles desmantelados; pero el primero de éstos que iba descaecido, que era el *San Rafael*, mal andador, había resuelto dejarse ir entre las dos líneas hacia la retaguardia, confiando salvarse con este movimiento; el *Firme*, más maltratado aún, fué defendido en balde por el intrépido Cosmao, el cual no pudo estorbar que cayese á sotavento y por lo tanto entre los ingleses; de modo que sólo pudo salvar al *América*, que merced á su esfuerzo permaneció en la línea. Hacia las seis de la tarde aclaró el cielo descubriendo aquel espectáculo al almirante Villeneuve: vió entonces al *San Rafael*, cayendo vencido hacia la retaguardia, y al *Firme*, rodeado ya de enemigos, arrastrado lentamente hacia la escuadra inglesa (5). El combate era á larga distancia, y por lo tanto, quedaba espacio bastante entre las dos armadas para que pudieran adelantarse nuestras naves y con este movimiento hacer entrar otra vez en línea á los navíos desmantelados. El general Lauristón, que no se separaba de Villeneuve y que oía á los oficiales de la escuadra proponer aquella maniobra, le aconsejó que diese la señal de arribar todos juntos, es decir, de ceder al viento que, por soplar hacia los ingleses, hubiera permitido reunir á nuestra escuadra las naves comprometidas, con lo cual nos hubiéramos acercado más al enemigo, y éste, maltratado é inferior en número, hubiera probablemente retrocedido ante aquel movi-

(3) Véase la nota anterior. (N. del T.)

(4) Mr. Thiers equivocó los nombres de estos navíos, y los llama el *España* y el *San Firme*. El *España* formaba parte de la escuadra, pero no fué de los desgraciados. (N. del T.)

(5) Mandaban el *San Rafael* don N. de Montes, y el *Firme* don Rafael de Villavicencio, ambos capitanes muy denodados. Estos navíos, después de una defensa vigorosa, muy destrozados y con grave pérdida, viendo ya imposible salvarse, tuvieron que arriar bandera. (N. del T.)

miento ofensivo; pero Villeneuve, que con la bruma veía mal lo que estaba pasando, temiendo descomponer su orden de batalla y correr nuevos azares, prefirió perder dos navíos al riesgo de volver á empeñar la acción y se negó á dar la orden que todos solicitaban. Cayó al momento la noche, y los disparos cesaron casi totalmente; retiráronse los ingleses, y se llevaron á remolque dos de sus navíos acribillados á balazos y los otros dos españoles que les abandonamos por culpa nuestra.

Por nuestra parte poco descalabro sufrimos; entre nuestras tripulaciones no había ninguna que no estuviese dispuesta á volver á empezar el combate y que no se creyese vencedora al ver que había quedado por nosotros el campo. Ignorábase aún en la escuadra la pérdida de los dos navíos españoles.

Durante toda la noche se estuvieron viendo las luces de popa de los buques ingleses, que se mantenían á la capa ocupándose en sus reparaciones.

Otro tanto hacían por la parte contraria. Al quebrar el día pudo verse con claridad la posición de las dos escuadras; los ingleses iban de retirada llevándose los dos navíos españoles; grande fué entonces el dolor y la exasperación general á bordo de nuestras naves, y todos pedían combatir y empeñarse en una acción decisiva. Teníamos el viento favorable, siendo el mismo que la víspera, y soplando de nosotros á los ingleses: si en aquel instante Villeneuve hubiera dado resueltamente la señal de caer sobre el enemigo, sin más formación de batalla que la velocidad que pudiera tomar cada uno en orden abierto, de los diez y ocho buques que nos quedaban, catorce hubieran podido con marcha igual caer juntos sobre los ingleses; los otros cuatro hubieran llegado poco después, y seguramente la fortuna se hubiera declarado de nuestra parte. Cediendo por fin al clamor unánime de toda la oficialidad mandó Villeneuve ejecutar este movimiento, y se trasladó con Lauristón á bordo de la fragata *Hortensia* para dar de viva voz sus órdenes á cada jefe de división; el *Argonauta*, navío almirante español, tenía rota la verga del velacho, y solicitó se le diese tiempo para reponerla; resolvió Villeneuve esperarle, con lo cual llegó á su mitad el día: entonces empezó el perseguiamiento; pero el viento se había atenuado, y vió á los ingleses desaparecer sin poder acercarse á ellos por más que quiso forzar de vela. Juzgando que sólo lograría alcanzarlos de noche, detuvo el perseguiamiento para poder combatir de día; mas al día siguiente, pasó el viento al Nordeste y empezó á soplar en dirección enteramente contraria al día anterior. Quedábamos nosotros á sotavento de los ingleses y ya era difícil alcanzarlos, de manera que Villeneuve podía con razón detenerse, pues alejándose del Ferrol, exponíase á encontrar á los ingleses reforzados, y por dos navíos perdidos corría el riesgo de faltar á su destino, que era hacer levantar el bloqueo del Ferrol y proseguir el objeto de su cometido.

Así acabó aquel combate que hubiera podido pasar por una victoria á no haberse perdido los dos navíos españoles (1). Las tripulaciones, á pesar de su inexpe-

(1) La pérdida de las escuadras combinadas debió forzosamente ser de consideración; el vicealmirante Cálder en el parte que dió de aquel combate, y que tenemos á la vista, califica de enorme la que experimentaron solamente los navíos españoles apresados. Si á la pérdida de gente se agrega la de nuestros dos navíos de línea

riencia, se batieron con denuedo; pero la bruma, que aumentó la natural irresolución de Villeneuve, por un lado, y la exagerada desconfianza de éste en sí propio y en sus marineros, por el otro, paralizaron los recursos de que disponía y estorbaron que aquel encuentro llegara á ser un ruidoso triunfo. En aquél, como en otros muchos combates navales, sostuvo la lucha un ala tan sólo sin que la otra acudiese en su auxilio; pero no fué por culpa del ala que se mantuvo inactiva, pues el contraalmirante Magón no era hombre capaz de permanecer voluntariamente espectador pasivo del fuego. En el instante inmediato después de la batalla casi se consideraba Villeneuve dichoso de haber tenido un encuentro con los ingleses sin padecer una derrota; pero pasado el calor de la acción, y ya reconcentrado en sí mismo, su desaliento y su tristeza habitual se trocaron en un dolor profundo. Vióse expuesto á la censura de Napoleón y de la opinión pública por haber perdido dos navíos batiéndose con veinte contra quince; juzgóse deshonrado, y cayó en una especie de abatimiento que parecía preludio de la desesperación. La severa crítica de sus tripulaciones, que sin rebozo alguno murmuraban en alta voz de su irresolución, exaltando la valentía y la decisión del almirante Gravina, era un dardo para su corazón. Para colmo de desgracia, el viento, que por espacio de dos días había sido favorable, acababa de declararse contrario; y al número de soldados fuera de combate de resultas de las calenturas, que habían cundido considerablemente, se agregaba ahora el de los heridos. No había refrescos que darles, ni agua más que para cinco ó seis días. En tan deplorable situación, quiso otra vez Villeneuve dirigirse hacia Cádiz; pero se opuso nuevamente el general Lauristón, hubo transacción y se hizo escala en Vigo.

Este puerto era poco seguro, y por otra parte no ofrecía grandes recursos; no obstante se halló en él con qué socorrer á los enfermos y heridos. Tomó Villeneuve el partido de dejar en Vigo tres navíos que llevaba, muy poco andadores, el uno el *Atlas*, navío francés; los otros dos españoles, el *América* y el *España*, los cuales no podían navegar en escuadra. El *Atlas* se destinó á hospital y se trasladaron á él los heridos y enfermos. Afortunadamente el general Lauristón llevaba para su división el material necesario para un hospital ambulante, y lo destinó para alivio de los marinos que dejaron en Vigo. El dinero del galeón español sirvió para proporcionarse todo lo que había menester la escuadra. Renováronse los víveres y se hizo provisión de agua para un mes, toda la escuadra recibió sus pagas, y reanimados un tanto los espíritus, lo que no es difícil conseguir con soldados de temperamento ardoroso, se dió de nuevo á la vela después de una detención de cinco días, que fué sumamente útil. El viento no era contrario, vol-

y se compara con las que sufrieron los ingleses, nos maravilláremos de que el autor se muestre tan propenso á contar entre las derrotas sufridas por los ingleses el encuentro del Ferrol. Sacamos del parte de Cálder la siguiente lista de los muertos que hubo en su escuadra: *Stevol*, 1; *Ajax*, 2; *Triumph*, 5; *Barfleur*, 3; *Agamemnon*, 0; *Windsor-Castle*, 10; *Defiance*, 1; *Prince-of-Wales*, 9; *Repulse*, 0; *Raisonné*, 1; *Glory*, 1; *Thunderer*, 7; *Malta*, 5; *Dragón*, 0; *Warrior*, 0; *Egyptian*, 0; *Syrius*, 2; y *Nil*, 0. De donde resulta que en esta supuesta derrota perdieron los ingleses 41 hombres y las escuadras vencedoras otros tantos por lo menos y 2 navíos. (N. del T.)

vió á remontar la escuadra hasta la altura del Ferrol, y el día 2 de agosto entró en la rada abierta que separa al Ferrol de la Coruña. No bien apareció la escuadra francesa, los agentes consulares constituídos en la playa por orden de Napoleón, comunicaron al almirante Villeneuve las órdenes que le estaban destinadas. En ellas se le mandaba que no entrase en el Ferrol, donde es dificultosa la salida; que no tomase más tiempo que el absolutamente preciso para reunir las dos divisiones que esperaban la incorporación, y que volviese á dirigir su rumbo hacia Brest. Villeneuve transmitió esta orden á Gravina; pero éste, que se había internado ya en los canalizos, no podía retroceder y entró con él parte del ejército. La otra parte obedeció á Villeneuve y se detuvo frente por frente á la Coruña.

Esta separación alejaba á las dos escuadras una de otra tres ó cuatro leguas. El inconveniente mayor que esto llevaba consigo era que había que perder dos ó tres días en volver á salir; pero si esta pérdida de tiempo no hubiera sido muy de sentir con un almirante acostumbrado á no desperdiciar ninguna jornada, no sucedía así con Villeneuve. Recibió este almirante en la Coruña las órdenes perentorias de Napoleón, transmitieronle allí sus palabras consoladoras, sus magníficas promesas y las cartas confidenciales de su compañero desde la infancia el ministro Decrés. El emperador y el ministro le amonestaban á no detenerse un solo instante, á dirigirse á vista de Brest, á presentar el combate á Cornwallis y hasta dejarse batir si fuese necesario, con tal que Ganteaume consiguiese salir sano y salvo y reunir los restos de la escuadra que le hubiera libertado del bloqueo. Todas estas noticias le reanimaron por algunos momentos; en efecto, el ver cuán poco se le daba á Napoleón de sacrificar unos buenos navíos á trueque de llevar una escuadra al canal de la Mancha, debía seguramente tranquilizarle. Si entonces hubiera comprendido bien su destino, hubiera debido darse por satisfecho lejos de entristecerse: verdad es que le habían apresado dos navíos en el último combate; pero también había arribado al Ferrol sano y salvo, esquivando los cruceros enemigos y burlando las precauciones del almirantazgo inglés. De los dos almirantes inglés y francés el más maltratado por la fortuna era Cálder y no Villeneuve, porque Villeneuve había conseguido su objeto y Cálder lo había frustrado. Descontando los dos navíos apresados y los tres que se dejaron en Vigo, había en la actualidad reunidos en el Ferrol veintinueve navíos entre franceses y españoles, cuyo número podía de un momento á otro ascender hasta treinta y cuatro con la división de Lallemand, fuerza asaz numerosa para arriesgarse á librar á Brest del bloqueo. El mismo almirantazgo inglés y Napoleón lo juzgaron así de allí á pocos días, porque el almirantazgo hizo comparecer al almirante Cálder ante un consejo de guerra y Napoleón dirigió en público los mayores elogios á Villeneuve, diciendo que había llenado el objeto de su misión á pesar de haber dejado dos navíos en poder del enemigo.

¿Qué podía, pues, temer por su responsabilidad un oficial á quien su prepotente soberano, que disponía á su antojo de la reputación y de la fortuna de sus lugartenientes, decía continuamente: «Déjese usted batir, y aun destruir si necesario fuere, con tal que logre con sus esfuerzos dejar expedita la entrada de Brest?» Pero

no parece sino que la fatalidad perseguía á este desgraciado marino para conturbarle y arrastrarle de una en otra pesadumbre al mismo fin que él procuraba huir, es decir, á la pérdida de un gran combate, sin lograr siquiera el escaso resultado de presentarse por espacio de veinticuatro horas en el canal de la Mancha, que era lo único que de él exigía Napoleón.

Sin embargo, sirvióle algún tanto de consuelo el ver la división del contraalmirante Gourdon, que antes de encerrarse en el Ferrol había navegado mucho, que había sido cuidadosamente reparada y que merecía toda la confianza. Vió con no menor satisfacción nueve navíos españoles equipados por Grandellana y muy superiores á los del almirante Gravina, por haber tenido á su disposición para armarlos todo el tiempo que faltó á los que zarparon de Cádiz. «Ojalá no hubieran formado nunca parte de nuestra escuadra, escribía Villeneuve comparando la división del Ferrol con la de Cádiz, la escuadra española (exceptuado el *Argonauta*) y el navío *Atlas*! Estos navíos no sirven absolutamente más que para comprometer la escuadra, como les ha sucedido siempre; ellos son los que nos han conducido al último grado del infortunio.»

Este lenguaje revela hasta qué punto estaba conturbado el ánimo de Villeneuve, el cual caracterizaba de último grado del infortunio una campaña que por entonces todavía le conducía al punto indicado por Napoleón, y que hasta le proporcionaba alabanzas de parte de este descontentadizo soberano.

Villeneuve á la sazón no pensaba más que en lo que le esperaba al salir del Ferrol. Suponía que Cálder iba á presentarse otra vez reunido con Nelson ó con Cornwallis, y que se vería empeñado en un nuevo combate donde podía ya muy bien quedar vencido. Escribíanle de Cádiz que Nelson había regresado á Europa y que sus velas habían sido descubiertas desde Gibraltar, pero que después había vuelto otra vez al Océano con objeto de reunirse con Cálder sobre el Ferrol, ó bien con Cornwallis sobre Brest. Lo único cierto era que Nelson, navegando con una rapidez verdaderamente prodigiosa, había arribado á Gibraltar hacia fines de julio, en la época misma en que Villeneuve presentaba el combate á Cálder; había vuelto á pasar el estrecho, luchaba actualmente con vientos contrarios para volver al canal de la Mancha, sólo llevaba once navíos, no había podido reunirse con Cálder ni con Cornwallis, y su intención, al cabo de dos años de navegación continua, era tomar algunos instantes de descanso para renovar sus vituallas ya consumidas. Villeneuve ignoraba todo esto; en cambio sabía la orden que se le había dado, de fácilísimo cumplimiento para un hombre de buen temple, puesto que no se le pedía que venciese, sino solamente que combatiere á porfía para libertar á Brest del bloqueo. Si Ganteaume acudía en su auxilio, no era probable que perdiese la batalla combatiendo con cincuenta ó cincuenta y cinco navíos contra veinte ó veinticinco. Si por el contrario las circunstancias de la mar impedían á Ganteaume tomar parte en la acción, Villeneuve combatiendo á porfía hasta dejarse destruir si era menester, debía reducir á Cornwallis á la imposibilidad de continuar en la mar y de sostener el bloqueo, y Ganteaume, reuniendo con su escuadra intacta las reliquias de una escuadra gloriosamente vencida, podía aún dominar el

canal de la Mancha por unos cuantos días. Esto era cuanto Napoleón exigía de sus almirantes.

Por desgracia, Villeneuve había ya atracado, y los navíos que habían tomado parte en el combate pedían tiempo para repararse. Todavía habrían navegado más de uno ó dos meses si les hubiera precisado á permanecer en alta mar; pero al aliciente ya de un gran arsenal, á todos se les ocurría reparar alguna avería. Tomaron palos de repuesto, compusieron los aparejos, hicieron provisión de agua; por último determinaron abastecer los buques que tenían menos viveres con el sobrante de los que tenían más. Para estas operaciones se concedieron á toda la escuadra cuarenta y cinco días. La orden de Napoleón de tener dos ó tres millones de raciones de galleta de repuesto en los puertos, no había podido cumplirse en el Ferrol por causa de la carestía que se sufría en España; pero debía haber galleta en Brest, en Cherburgo y en Boloña. Por otra parte, los cuarenta y cinco días daban de sí para hacer todas las provisiones necesarias. El 10 de agosto finalmente se dispuso la escuadra á levar el ancla. Villeneuve se situó á la parte de afuera de la Coruña, en la bahía de Arés, esperando que Gravina y la segunda división española saliesen del Ferrol, lo cual no era muy hacedero por causa del viento. En esta disposición estuvo esperando tres días, que empleó en atormentarse vanamente, y entonces escribió al ministro Decrés: «Se me hace árbitro de los intereses de más importancia; mi desesperación aumenta á medida que recibo más pruebas de confianza, porque no puedo prometerme ningún éxito, sea cual fuere el partido que tome. Para mí está demostrado que las marinas francesa y española no pueden presentarse en grandes escuadras. Divisiones de tres, cuatro ó cinco navíos es todo lo más que somos capaces de conducir. Que salga Ganteaume y que después dé su juicio; así se fijará la opinión pública.»

»Voy á partir, pero no sé lo que conseguiré hacer. Ocho navíos se mantienen á vista de la costa, á ocho leguas de distancia; así que emprendamos nuestra navegación nos vendrán en seguimiento; yo no podré alcanzarlos, y se reunirán á las escuadras de Brest ó de Cádiz, según el rumbo que yo tome hacia el uno ó el otro de estos dos puertos. Saliendo de aquí con veintinueve navíos, todavía no me considero ni con mucho capaz de habérmelas con un número de navíos aproximado; no temo decirselo á usted, mucho sentiría tener un encuentro con veinte navíos solamente. Tenemos una táctica naval rancia; no sabemos más que presentarnos en línea, que es precisamente lo que desea el enemigo... Yo por mi parte no puedo ni tengo tiempo para adoptar otra con los comandantes á quienes van confiadas las naves de las dos marinas... Todo esto lo tenía yo previsto antes de salir de Tolón, pero mis ilusiones sólo duraron hasta que vi los navíos españoles que se nos reunieron... Entonces perdí toda esperanza...»

En el momento de partir los navíos procedentes de Rochefort, el *Algeciras* y el *Aguiles* se vieron de nuevo acometidos por la fiebre; hubo además choques de unos navíos españoles con otros al salir del Ferrol, de donde resultaron juanetes tronchados y velas rasgadas. Estos accidentes, agregados á todas las contrariedades que Villeneuve había ya sufrido, pusieron el colmo á su desesperación. Próximo á dar la vela, comunicó sus órde-

nes al capitán Lallemand: éste, con una excelente división de cinco navíos y diversas fragatas, debía aportar del 15 al 16 de agosto en Vigo. Hubiérale bastado á Villeneuve trasladarse allí para reunir á su escuadra aquella división y proporcionarse de este modo un aumento considerable de fuerzas; pero no atreviéndose á moverse por su constante temor de encontrarse con Nelson, despachó un oficial al capitán Lallemand, y le mandó que se dirigiese á Brest, sin estar seguro de ir él allí, exponiendo de este modo á aquella división á perecer si por desgracia se presentaba en aquellos mares sola. Escribió al almirante Decrés un oficio en que, desahogando toda su pesadumbre, le hizo entrever su intento de dirigirse á Cádiz más bien que á Brest, y á Lauristón, cuya presencia inportuna le traía á la memoria su grave compromiso con el emperador, le dijo que se tomaría el rumbo con dirección á Brest. Lauristón, pesaroso de verle en semejante abatimiento, pero satisfecho de su resolución, despachó al emperador un correo desde el Ferrol, participándole que se dirigían á Brest y de Brest al canal de la Mancha.

En medio de tan deplorables ansias se alejó Villeneuve de la Coruña y perdió de vista la tierra el día 14 de agosto. Para colmo de desgracia, soplaban un viento Nordeste bastante fuerte, contrario de todo punto á su gran destino. ¡Triste consecuencia del desaliento, que nos hace menospreciar á menudo los más envidiados favores de la fortuna! En aquel instante no estaban Cálder ni Nelson, como creía Villeneuve, reunidos cerca del Ferrol. Nelson, después de haber buscado en vano á los franceses en Cádiz, se había remontado hacia el Norte, había bordeado algún tiempo contra aquel mismo viento del Nordeste que en la actualidad reinaba y por fin se había reunido con Cornwallis sobre Brest, el mismo día (14 de agosto) que la escuadra francesa salió del Ferrol. Dejaba entregadas á Cornwallis las pocas naves de su escuadra que podían aún aguantar la mar, y se dirigía con las restantes á rehacerse en Portsmouth, donde atracaba el 18 de agosto. Cálder, por su parte, después del combate del Ferrol, se reunió á Cornwallis con su malparada escuadra, enviando parte de sus navíos á los puertos de la Mancha para repararse. Inmediatamente le recompuso Cornwallis una división de diez y siete ó diez y ocho navíos y le envió otra vez á observar el Ferrol, quedándose con otros diez y ocho á lo sumo para el bloqueo de Brest. Iba, pues, Cálder á encontrarse el Ferrol desocupado. Si entretanto Villeneuve, recobrando algún aliento, se hubiera reunido con la división de Lallemand en Vigo, y después se hubiera encaminado hacia la Mancha, se habría cruzado, sin tener encuentro, con Cálder, que se dirigía á bloquear el Ferrol ya desamparado, hubiera sorprendido á Cornwallis, separado de Nelson y de Cálder, y sin más fuerza que diez y ocho ó veinte navíos á lo sumo, y le hubiera abordado con treinta y cinco, sin contar los veintiuno de Ganteaume: ¡qué hermosa ocasión le hacía perder el abatimiento de su espíritu! El general Lauristón le hacía las más enérgicas instancias: aún podía cumplir el gigantesco designio de Napoleón con sólo trocarse por un momento los vientos y las tristes preocupaciones de Villeneuve.

Difícil es imaginarse la impaciencia que devoraba á Napoleón en aquella playa de Boloña, donde esperaba